



UN CUENTO DE
CARLOS
MARIA
GUTIERREZ

LOS EJERCITOS INCIERTOS

*Et quand on retrouve au soir
les o mées incertaines.*

ARAGÓN

LA muchacha rubia puso una ficha en el teléfono, esperó el sonido y marcó un número internacional que había aprendido de memoria. Cuando le contestaron dijo solamente otro número, el de su pasaporte italiano, y añadió: "El lunes de mañana, a las diez". Escuchó un instante la voz desconocida y repitió la frase. Después colgó el teléfono y se quedó mirando a través del vidrio dos niños que se revolcaban gozosos en el césped de Hyde Park. Una mujer gorda, con una capelina blanca enmarcándole el rostro iracundo, tamborileó en la puerta de la casilla, pero la muchacha siguió mirando los niños o quizás el sol violento sobre el césped verde. Salíó al fin de la casilla y caminó lentamente hacia Oxford Street, consultando un plano de la ciudad. En la explanada del parque un orador la vio acercarse y examinó su rostro delicado y sus grandes ojos de color indefinido. Cuando la muchacha se detuvo en la primera fila de la escasa docena de oyentes, el orador encontró la idea que estaba buscando hacia diez minutos, para terminar, dando ocasión a que su mujer pasara la bolsa de terciopelo entre el grupo. "¡Si no nos proponemos todos, cada uno de nosotros, aniquilar a la Bestia del pecado, entonces os digo, her-

manos, que cada uno de nosotros será también la Bestia. El señor ha dicho: «No matarás!» Pero la única muerte permitida es la muerte de la Bestia!" Permaneció después con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados, calculando si la colecta alcanzaría también para la cena.

En la Heilwigstrasse comenzó a lloviznar y el cónsul apuró su paseo higiénico de todos los días. Frente a la comisaría de la cuadra el agente de guardia lo saludó como siempre. El cónsul tuvo otra vez la tentación de corresponderle con la rígida venia prusiana que el instructor alemán les enseñaba en la Escuela de Cadetes.

El cónsul seguía siendo coronel en el ejército de su país, pero en los últimos cinco años sólo se había puesto el uniforme dos veces. (Una de ellas, cuando se graduó en la academia norteamericana de especialistas.) De todos modos, reprimió el impulso de responder con la venia. La Escuela de Cadetes estaba perdida en los años vertiginosos. También habían quedado en el país lejano los recuerdos de un coronel vestido de civil.

Bajo la eterna llovizna de Hamburgo, el cónsul casi no podía imaginarse ya cómo había sido aquel caserón rosado frente a una plaza, donde los detectives entraban y salían todo el tiempo, ni la ventana con rejas por la que acechaba la llegada

del presidente de la república al Palacio, situado enfrente. Tampoco la calle de piedra y veredas empujadas, que los indios descendían trotando con sus breves pasos milenarios, ni el sol violento en un cielo de azul purísimo, cercado de nieves eternas y compuesto por un oxígeno tenue donde los cigarrillos extranjeros se apagaban. A veces recordaba un sótano; a veces aparecía un hombre moreno y sudoroso, con los ojos llenos de lágrimas y respirando con lentitud ante los reflectores. Pero eso podía haber sido también en el cuartel de una aldea polvorienta del Sur, y entonces el hombre era blanco y con una barba color de miel. A veces el hombre yacía en una camilla y estaba muy pálido y tenía los ojos cerrados y olía mal; en sus párpados y en los agujeros de su nariz había restos de yeso fresco.

A medida que pasaba el tiempo los recuerdos iban confundándose. Entonces el cónsul podía aún representarse el caserón rosado y la ventana de rejas, pero el sol era húmedo y quemaba como el de la aldea. Aunque pegaba su cara a los barrotes no podía ver el rostro del presidente, que entraba al Palacio acompañado por él mismo. En otras ocasiones, el hombre de los ojos cerrados iba retrocediendo hacia la oscuridad del sótano y alguien salmodiaba frases indecifrabiles en inglés y al final sólo quedaban en el círculo del reflector los ojos ciegos de una mascarilla mortuoria, con piel y pestañas adheridas. A veces era de noche también afuera y el hombre a quien cegaba la luz era él y sentía la sangre gotear sobre sus nuevos zapatos norteamericanos, pero la sangre era suya y se despertaba en Hamburgo, lleno de horror ante los muñones de sus propias manos cercenadas.

Para el cónsul esos fragmentos de memoria pertenecían al coronel, o a un sueño donde el cónsul soñaba con un coronel. La realidad era la Heilwigstrasse mojada por la lluvia y las hermosas fachadas de ladrillo rojo, todas iguales. El cónsul bromeaba siempre con sus amigos alemanes, diciendo que si el policía vecino usara un alto casco negro y no llevara pistola, la Heilwigstrasse podría tomarse perfectamente por una calle londinense. Esta idea le traía una gran paz interior y entonces reía a carcajadas. Sus amigos alemanes casi nunca lo acompañaban en la risa.)

Ante el número 125 de la Heilwigstrasse el cónsul miró hacia las ventanas del segundo piso. Se dijo que debería colocar el escudo nacional de una vez por todas, como se lo había propuesto apenas ocupó el cargo. Después recordó lo que había leído en los diarios esa semana y que ya no valía la pena. ¿O debía ponerlo de todos modos, como uno de sus últimos actos oficiales? Siempre había rehuido el trámite engorroso, la notificación al ministerio en Bonn, la vigilancia sobre el pintor, que con seguridad sería incapaz de dibujar el cuello grácil de la llama. (¿O el animal heráldico era una vicuña?) Pero el cónsul tampoco creía mucho en la prensa y decidió no preocuparse. Pensó: "Tendrán que comunicármelo personalmente. Mientras el telegrama no llegue, tengo derecho a poner el escudo."

ANTES de tomar el primer vuelo dominical de la BEA hacia París, la muchacha rubia compró en el aeropuerto de Heathrow un libro de Louis Aragon y un hermoso dry-pen, que escribía con una tinta violácea, casi amatista. (La muchacha había nacido en Lieja, un otoño, y la amatista era la piedra de su horóscopo.) Una hora después subió a un taxi en Le Bourget y se hizo llevar a la plaza de la Contrescarpe, en el Pario Latino.

Descendió la calle Mouffetard y volvió a remontarla, caminando despacio, deteniéndose a mirar algunas fotografías en los pequeños teatros o a examinar los racimos de pañuelos que colgaban en las puertas de las boutiques árabes. Eligió en una de ellas un pañuelo rojo y negro, que se anunció flojamente al cuello. Más adelante compró a una verdulera una gran manzana y un cartucho de fresas. A mediodía se sentó en un pequeño café de la plaza, a comer las frutas. Cuando las campanas de Saint Etienne-du-Mont dieron las dos de la tarde, estaba absorta en la lectura de los últimos poemas del libro. Pagó el café

que no había consumido y caminó hacia el río, sin prisa. Allí se detuvo un rato acodada en el puente, mirando el agua que fluía hacia el oeste. Luego arrojó el libro de Aragon a la corriente sombría y aguardó a que fuera esfumándose entre los remolinos formados por los pilares del puente. A las nueve de esa misma noche tomó en Orly un avión hacia Alemania, con un pasaje que guardaba en su cartera desde un mes antes.

El lunes se levantó muy temprano en el hotel de Hamburgo y llegó a una gran tienda cuando recién abrían las puertas. Allí compró una peluca gris en una mesa de saldos —donde nadie le preguntó para qué la quería— un abrigo caro, botas y un gran bolso de ante. En Hamburgo la primavera anticipada era húmeda y fría para las personas de edad, muy distinta del sol de Hyde Park. Casi no se veían niños por las calles.

A las diez de la mañana se paró en la puerta principal de la tienda. Un hombre joven y alto, de piel atezada (podía haber sido árabe, italiano o de América del Sur) se quitó a su lado unos anteojos oscuros y los dobló cuidadosamente antes de introducirlos en el estuche. En la mano izquierda usaba un curioso anillo, como una especie de cilindro opaco.

La muchacha nunca había visto a este hombre. Pero hacía mucho tiempo que otro hombre había dicho con su voz lenta y tierna a la muchacha, que lo amaba: "Apréndelo. Los anteojos. El anillo vietnamita de aluminio. No hay sol, pero también debo protegerte de la lluvia. ¿No le parece?" En Hamburgo, el hombre alto dijo: "No hay sol pero también debo protegerte de la lluvia. ¿No le parece?" La muchacha asintió con la cabeza y sólo contestó, mirándolo a los ojos: "Un 38 es mejor." El hombre volvió a ponerse los anteojos y caminaron unidos del brazo hacia el automóvil que él había alquilado.

Más tarde, en el nuevo hotel donde se registraron como un hombre de negocios de Milán con su esposa, la muchacha rubia tomó una hoja de papel y escribió con el lápiz amatista y en grandes letras mayúsculas:

VICTORIA O MUERTE
SIEG ODER TOD

EL cónsul iba a salir a su paseo de todas las mañanas y su esposa estaba alcanzándole el impermeable, cuando la secretaria lo detuvo en el vestíbulo: "Señor, ahí está la vieja australiana, de nuevo. Ya ha venido cuatro veces esta semana." El cónsul hizo una mueca colérica, pero era la mueca del coronel y él mismo advirtió que correspondía al caserón rosado, no a la Heilwigstrasse con sus fachadas de ladrillo. Dijo a la secretaria que hiciera pasar a su despacho a la señora australiana.

La secretaria era alemana y muy tímida; en el fondo, siempre tenía miedo del cónsul, aunque nunca había conocido al coronel. Rara vez había trabajado en la oficina, sobre todo en los últimos tiempos. La secretaria pasaba sus horas muertas leyendo el Stern o revistas con fotos. A veces la esposa del cónsul entraba con dos tacitas de café y una sonrisa estúpida en su cara mestiza, pero la secretaria casi no entendía su español apocopado y callaba, hasta que la pobre mujer volvía a sus habitaciones. De noche la secretaria —que era de Bad Godesberg y extrañaba los álamos y las orillas verdes del Rin— apagaba la luz en su pequeño cuarto invadido por el humo y el bullicio de una estación ferroviaria. Y en la oscuridad aparecían los dientes de lobo que el cónsul enseñaba al hablar, como una máscara de guerra que no correspondiera al rostro pacífico. Esa mañana, estaba segura, los dientes de lobo habían relucido un instante cuando ella le habló de la australiana. La secretaria apenas pudo añadir: "Llegó un telegrama cifrado. Lo dejé en su mesa."

La muchacha rubia entró al despacho, conducida por la secretaria. El cónsul estaba de pie, muy pálido, con las manos apoyadas en la mesa y la cabeza inclinada. Miraba fijamente un papel amarillo extendido sobre la alfombra de cuero, sin tocarlo. No pareció haberlas oído.

La muchacha llevaba la peluca gris y el pañuelo de la calle Mouffetard. Se había puesto dos abrigos; debajo de los pantalones llevaba otra ropa.

Usaba un maquillaje de base amarillenta, que acentuaba con maestría ciertas arrugas naturales y oscurecía la piel contigua a los ojos. El abrigo ocultaba la línea pura del cuello y la barbilla. "La señora australiana, señor cónsul", dijo la secretaria, indecisa. La muchacha rubia empezó a hablar en inglés con una voz largamente ensayada, la voz metálica de su abuela cuando en Bruselas era época de vacaciones.

Vieja, viuda y algo excéntrica, la socióloga australiana pidió datos y publicaciones sobre el país lejano, insistió en un complicado proyecto de investigación. El consulado no disponía de ese material y él lo sentía mucho, dijo el cónsul levantando apenas la cabeza. Debería entenderse con la secretaria. Pero la voz metálica seguía hablando en inglés, invadiendo los pensamientos del cónsul, impidiéndole concentrarse en las cinco columnas de cifras donde se le anunciaba que todo había terminado, que el general había dejado de temer a los secretos guardados por el coronel, que ahora vendrían el regreso y la humillación; quizás la venganza, también. El telegrama estaba dirigido al coronel, pero el cónsul pagaría las consecuencias. Abrumado de indignación, seguía mirando el papel amarillo.

Las dos mujeres no sabían que en ese momento el cónsul estaba insultando al coronel en una oficina del caserón rosado. Ambos gritaban obscenidades y sus voces se mezclaban con los pregones de las indias vendedoras de cigarrillos, con el huaynu quejumbroso que vertía la radio de un detective en el segundo piso del Ministerio del Interior con las estupefacciones de aquella australiana loca. En medio de ese coro destemplado, el cónsul no podía distinguir su propia voz. La muchacha rubia pensó: "Dios, Dios, tiene que quedarse solo conmigo". Al menos la vieja podía ser acallada y el cónsul dijo, mientras el coronel lo injuriaba: "Fraulein, vea por favor si quedan algunos folletos de turismo". La secretaria salió; él volvió a examinar las cifras del papel amarillo.

La muchacha rubia se aproximó y quedó a la derecha del cónsul, a dos pasos de distancia. Con sus manos enguantadas abrió el gran bolso, donde no había más que una hoja de papel y un revólver calibre 38 largo. Este revólver era su idea y la había discutido obstinadamente allá lejos, defendiéndola: "No quiero pistolas que se encasquilan; no necesita cargadores de repuesto. Sólo quiero seis balas y todavía van a sobrarme tres." Empuñó el arma familiar pero la mantuvo aún oculta tras la tapa del bolso. Se movió algo más hacia su propia derecha. El hombre tenía que verla, el cazador debía dar su oportunidad al animal atrapado, porque ésta era una operación militar pero también una tarea política: debía ejecutarse de frente. Y al mismo tiempo

pensó que todo era superfluo, que el coronel ya estaba muerto; lo había estado desde que la vieja australiana entró al despacho.

En ese punto el cadáver del coronel levantó los ojos de su blanca mascarilla mortuoria y miró a la muchacha rubia, que sonreía. Ella le devolvió la mirada, ya sin odio, mientras bajaba el bolso y descubría el revólver en posición de tiro. Después, con un gracioso movimiento corporal, separó un poco los pies y dejó gravitar el peso en la pierna derecha (como le habían enseñado hacia mucho tiempo). Simultáneamente extendió el brazo y disparó tres veces, con pausas iguales, sobre el coronel muerto. Vio los tres impactos acumularse en la misma zona del pecho y casi pudo seguir su trayectoria horizontal hasta que tocaron el corazón, porque los ojos del coronel, siempre fijos en ella, quedaron turbios de pronto. El coronel se hizo cada vez más pequeño y fue deslizándose hacia abajo; primero de rodillas, luego sentado sobre los talones, al fin desprendiendo sus manos engarfiadas en la mesa, que agarraron el telegrama amarillo y se lo llevaron con ellas. El cónsul quedó encogido entre la mesa y la pared, silencioso. Las detonaciones reverberaban todavía en el despacho y una breve niebla azulada flotó bajo la pantalla de la lámpara. Sin abandonar el revólver empuñado, la muchacha sacó del bolso la hoja escrita con tinta amatista y la colocó a los pies del cónsul.

AÚN no se había incorporado cuando la puerta se abrió como en una explosión. Sintió un golpe terrible en el cuello y dos brazos frenéticos la inmovilizaron de rodillas, mientras la cara de la mujer del cónsul se pegaba a la suya entre gemidos y frases en quechua, mojóndola con lágrimas y saliva. La mujer olía a perfume francés, pero sus facciones estaban descompuestas en el mismo rictus de las máscaras seculares y el idioma incomprensible se alargaba en los lamentos bestiales de las plañideras fúnebres. La muchacha rubia luchó en silencio. Por primera vez, desde que entró al edificio, se sintió aterrada. El revólver, en su puño enguantado, se incrustaba entre los senos de la mujer, pero la muchacha supo que no apretaría el gatillo. La mujer estaba viva de verdad y su ferocidad había nacido siglos antes, era parte de lo que la muchacha amaba. El odio y el amor rugían en la india llorosa, como el viento negro que talla desde el principio del mundo los desfiladeros y el altiplano pedregoso.

La muchacha dejó caer el arma inútil. Con una flexión, practicada muchas veces antes liberó sus brazos. Después golpeó en dos puntos con el canto de las manos. Semi asfixiada, la viuda cayó de rodillas, afeitando la peluca gris y el pañuelo con los colores de la rebelión. Antes

de desvanecerse, atónita, miró la masa de pelo rubio derramada sobre los hombros de la vieja señora australiana que caminaba hacia la puerta.

Diez segundos para alcanzar la escalera. (Recuérdese: no hay ascensor.) Atención a la segunda puerta del pasillo, que es el consulado dominicano. Veinte segundos para llegar a la calle. Sigue lloviendo y la Heilwigstrasse está desierta. El automóvil espera a la vuelta de la esquina, pero hay que pasar por la comisaría. Respirar cada tres pasos, rítmicamente. El agente de guardia mira a esa joven que camina bajo la lluvia con la cabeza extrañamente descubierta y que le sonríe con timidez. Sesenta segundos para llegar a la esquina, entre las interminables fachadas de ladrillo. (Falla primera: ahora la esposa podrá describirla.) Seguramente va a abrirse una ventana del segundo piso y alguien gritará, otros correrán a su encuentro sobre el asfalto reluciente, cerrándole el paso. ¿Qué se hizo la secretaria? Son las nueve y veinte de un domingo, en Hamburgo, República Federal Alemana. ¿Y te acuerdas del día? Claro, primero de abril de mil novecientos setenta y uno, San Hugo. Ocho meses para planear la acción, veinte minutos para ejecutarla. ¿Se deberá incluir los nueve y cinco segundos necesarios para llegar al automóvil? Respirar cada tres pasos. ¿Dónde ha terminado realmente la operación? El objetivo está en el segundo piso, muerto de tres balazos calibre 38. ¿En qué variará ese resultado si la muchacha no llega hasta el auto donde la espera el hombre del anillo de aluminio? En nada. La muchacha rubia está muerta; su cadáver camina bajo la lluvia. Veinte segundos para la esquina. Antes que llegue estallarán los gritos y las carreras, alguien la enfrentará con una pistola en la mano. (Falla segunda: el revólver quedó en el despacho. Dicen que hay medios químicos para leer una numeración borrada.) El policía tomará puntería, como si estuviera en el polígono de tiro, sobre su espalda que no se detiene. Cinco segundos para la esquina. ¿Todos siguen durmiendo en el 125, o son simplemente unos cobardes esquerosos? ¿Dónde se ha metido esa imbécil de la secretaria? Hay que calmarse. La lluvia de primavera es tibia, los pies están cálidos y secos dentro de las botas.

EL Opel permanece con el motor en marcha y en primera velocidad. Sentado en el auto, el hombre ve en su cronómetro que faltan cinco segundos. Su mano izquierda está en el volante y la derecha empuña la culata de la subametralladora puesta en sus rodillas: con un pie oprime el desembrague, con el otro roza suavemente el acelerador. Porque la muchacha rubia y desconocida (que es su jefe) lo ha decidido así, el hombre es sólo una máquina más. Intermediaría entre la subametralladora y

el Opel. Como es ingeniero, imagina ser una computadora, programada por la muchacha para actuar sólo en tres alternativas: si viene sola, ella subirá al automóvil y habrá empezado la salida hacia Holanda; si están persiguiéndola y hay posibilidades de que llegue al auto, él cubrirá su retirada a tiros; si ve que la detienen o la hieren, deberá abandonarla sin mover un dedo. Falta aún un larguísimo segundo.

La muchacha aparece en la esquina, caminando normalmente. Lleva las manos en los bolsillos del abrigo. El cabello rubio y empapado le cubre los grandes ojos y cae sobre los hombros erguidos. Viene sonriendo. La puerta está entreabierta y ella se introduce sin prisas en el automóvil. El Opel arranca con suavidad.

La disposición del tránsito los obliga a doblar hacia su derecha y entrar en la Heilwigstrasse, para salir por la otra esquina hacia la autopista de Holanda. El limpiaparabrisas está ahora desbordado por la lluvia, que arrecia, y la muchacha sólo puede ver imágenes borrosas que pertenecen al país de los muertos: el policía sigue en su sitio, la puerta del 125 está cerrada, como ella la dejó. No hay nadie en las aceras, donde la lluvia cae desde el amanecer y ya ha arrastrado hacia las cloacas toda la suciedad. La Heilwigstrasse está limpia.

La muchacha comienza a quitarse la ropa de la australiana. Terminará de cambiarse y secará su cabello en el segundo auto, que espera en un garaje de Lüneburg, con otro equipaje y nueva documentación. Después entrarán a Holanda y luego a Francia. Quizás en unos meses puedan regresar a América del Sur.

Todo esto piensa la muchacha que hace unos minutos estaba muerta. Las barandas de la autopista pasan hacia atrás con un zumbido isócrono, a ciento treinta kilómetros por hora. El hombre maneja en silencio, oculto tras sus anteojos oscuros. La muchacha mira sus manos fuertes y finas, su mandíbula huesuda, sus hombros sólidamente encajados en el asiento de cuero. Mira sus propias manos que han matado por primera vez.

La muchacha rubia consultó de nuevo el almanaque y sintió una felicidad desconocida. Caminó hacia la ventana. Eran las cinco de la tarde y a esa hora terminan las clases en las escuelas de Buenos Aires. Bandadas de niños caminaban por la avenida de Mayo, balanceando sus carteras. La muchacha volvió a contar con los dedos y a recordar la alcaza de Amsterdam, el cansancio indescriptible, la soledad, su respiración junto al hombre que la miraba desde la misma almohada, la mano con el anillo de aluminio extendiéndose para apagar la lámpara. Terminó la cuenta de las semanas en voz alta sonriendo, y supo que estaba embarazada, que nada había ocurrido en Hamburgo, que las restas y las sumas daban resultados iguales.

PUNTOS CARDINALES

Así se salvó Antonio Calado

La última novela del brasileño Antonio Calado, Bar Don Juan, fue confiscada por el régimen militar cuando ya estaba en su segunda edición y encabezaba la nómina de best-sellers. En un reciente reportaje Calado relata cómo se salvó de ser detenido: "Yo estaba de visita en casa de Enio Silveira, propietario de la editorial 'Civilização Brasileira', cuando los militares llegaron para detenerlo. Enio era empujado hacia el vehículo policial pero tuvo tiempo de avisarme, hablando en inglés, que la próxima visita de los «agentes del orden» sería para mí. «¿Quién es este hombre?» preguntó uno de los policías. Enio les dijo que yo era un editor inglés que venía a tratar sobre derechos de autores. Le creyeron y me dieron tiempo a escapar. Me quedé fuera de circulación durante unos cuantos días, hasta que las cosas se calmaron."

Un premio controvertido

El Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, de Venezuela, convoca por segunda vez

al Premio Internacional de Novela "Rómulo Gallegos", que en su primera adjudicación (a La casa verde, de Mario Vargas Llosa) dió lugar a tantas polémicas, críticas, intercambio de cartas abiertas, etc., debido sobre todo a las implicancias políticas que en su momento se atribuyeron a este premio, cuyo monto (22.233 dólares) lo convierte en el más sucueto, después del Nobel. En esta segunda ocasión, podrán participar en el concurso las novelas publicadas entre el 1º de enero de 1967 y el 31 de diciembre de 1971, y el jurado dictará su veredicto entre el 15 y el 25 de julio de 1972. La integración del jurado es, de algún modo, reveladora del carácter del premio: además de Mario Vargas Llosa (como primer laureado), formarán parte del mismo Antonia Palacios, Emir Rodríguez Monegal, José Luis Cano y Silvina Bullrich.

Cuatro años de yeta

Seis editoriales norteamericanas rechazaron La traición de Rita Hayworth, novela del argentino Manuel Puig, antes de que Dutton aceptara publicarla, y la novela, en traducción de Suzanne Jill Levine, deslumbró a los críticos y hasta figurará entre los títulos más importantes (según "The New York Times") publicados en 1971 en los Estados Unidos. Ahora la novela ha aparecido en edición de bolsillo, con lo cual ha de llegar a más vastos sectores de público. Según el periódico "Commonweal", "Francia inventó la Nueva Novela,

pero Puig está escribiendo la Novísima", y según el crítico de "Publishers' Weekly", se trata de "una obra de imaginación, tan bella como audaz, que resulta cómica y tristísima: una dolorosa iluminación de la condición humana". De acuerdo con la información que suministra la revista bonaerense "Panorama", Puig trabaja desde hace cuatro años en una nueva novela, para la que baraja dos títulos probables: Yeta o The Buenos Aires Story.

Paraguay en francés

El poeta, crítico y narrador paraguayo Rubén Bareiro-Saguier obtuvo en 1971 el premio Casa de las Américas en el género Cuento, con la obra Ojo por diente. El volumen aún no ha sido editado en español, pero en cambio acaba de aparecer una versión francesa, bajo el título Pacte du sang (la traducción es de Anne-Marie Métaillé), en Les Éditions du Cerf, de París. Es probable que la primera edición en la lengua original, sea la de Guadarrama, casa editora española. Bareiro, quien desde hace varios años reside en París, y que, entre otras materias, enseña guaraní en una universidad francesa, prepara en estos momentos un estudio del guaraní como lengua del grupo dominado, tomando como base poemas que su compatriota Rosa Bastos escribiera originariamente entre 1947 y 1949 sobre la génesis de los guaraníes y que ahora han sido publicados en un número especial de la revista asurgenia "Alcor".